

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL MONTAJE DISCURSIVO DE LA INTERVENCIÓN ESTADUNIDENSE EN GUATEMALA: REGRESO AL AUTORITARISMO

*Aquí, como ves, se ha de correr a toda
marcha simplemente para seguir en el
mismo sitio.*

*Alicia a través del espejo*⁵⁵⁶

I. INTRODUCCIÓN

En el marco de los tres capítulos anteriores vale la pena preguntarse desde el punto de vista de Estados Unidos, ¿qué debía hacerse después de la exitosa reforma que tuvo lugar en Guatemala?, en especial dentro del marco de una política exterior anticomunista que derivó en un intervencionismo histórico. A comienzos de 1954, dado el arduo proceso de reforma en Guatemala, parece que había más urgencia por derribar a Arbenz que en los años previos.

La intervención en contra de la Revolución de Octubre puede entenderse como el resultado del marco doctrinario impuesto en el proceso de construcción de política exterior durante los años más importantes de la Guerra Fría. Como ya se ha visto, éste fue un periodo de consolidación en la construcción de una sola identidad *americana*. Ésta fue también la época en que prevalecieron un tono conspirativo y una mentalidad paranoica dentro de la vida política; Eisenhower y Dulles, sobre todo, se adhirieron tenazmente a esta doctrina. La atmósfera generada por estas percepciones y la fuerza ideológica con la que se proyectaron tergiversaron tanto los

⁵⁵⁶ Lewis Carroll citado en Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 1991, p. 11 (*Alicia a través del espejo*, trad. de Luis Maristany, cursivas del traductor, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, pp. 166 y 167).

diagnósticos de los asuntos internos de Guatemala como las decisiones políticas tomadas dentro del país. Consecuentemente, fueron decisiones que a la larga alteraron violentamente la cultura sociopolítica de la nación, marginando y alienando por más de cuarenta años a los grupos que habían jugado un importante papel en transformar la política.

La importancia del caso Guatemala yace en el modo en que fue representado a través del prisma de las necesidades de seguridad nacional de Estados Unidos —la geopolítica de la seguridad—. Por lógica —pues éste es finalmente un resultado directo, no una causa, de esta política— el componente militar de la política exterior que prevaleció en el área en los años siguientes fue de considerable importancia en el momento (y después) del golpe en Guatemala. Por consiguiente, el problema de la democracia *vis-à-vis* el autoritarismo ocupó una posición fundamental en la implementación *americana* del poder político de Washington en la región. Esta descripción se va a realizar a la luz del argumento predominante de los capítulos anteriores y de las siguientes líneas guía.

Estados Unidos patrocinó el golpe en todas sus partes. Usó todo su poderío de Estado y exaltó el “problema Guatemala” desde la construcción sociopolítica y discursiva, más allá de la realidad guatemalteca. Entiendo una “construcción discursiva” como la formulación, a través de un discurso ideológico producido dentro de una red de significados, de una idea de “amenaza” proveniente de un marco muy general de defensa del interés nacional. Este discurso tiene “códigos de inteligibilidad[...] a través de los cuales se clasifican las experiencias y se las dota de sentido... por lo tanto [éstas] no son propiedad de los individuos, sino que preexisten a cualquier individuo particular”.⁵⁵⁷

De ahí la importancia del *marco discursivo* en el nivel de la acción del Estado, que a su vez incluye un diseño geopolítico. Esta acción ha ocurrido normalmente, dentro del contexto latinoamericano, sin previo aviso (fuera de la conocida invocación a la existencia de un “peligro comunista”) de la naturaleza o la intensidad de tal amenaza. Como se argumentó en páginas previas, al “confrontar” el mundo exterior Estados Unidos con frecuencia alegaba que era necesario hacerlo, partiendo de la convicción

557 Véase Stewart Hall, “Signification, Representation, Ideology: Althusser and the Post-structuralist Debates”, *Critical Studies in Mass Communication* 2, núm. 2, 1985, p. 105; y Jutta Weldes y Diana Saco, “Making State Action Possible: The United States and the Discursive Construction of the «Cuban Problem», 1960-1994”, *Millennium* 25, núm. 2, verano de 1996, p. 371.

de que siempre había “algo” que probablemente amenazaba al interés nacional *americano*. El caso Guatemala no fue una excepción y la acción de Estado continuó dentro del recién mencionado clima ideológico, con las ulteriores consecuencias. Así, Guatemala *existió* (diseñada en la debida forma con el fin de inducir a la imaginación del público) dentro del discurso de la política exterior de Estados Unidos desde el momento en que cuestionó el modelo estadounidense de poder político. Por consiguiente, la potencia impuso su poder en Guatemala en 1954 con base en una existencia *subjetiva*, que no parecía provenir de un diagnóstico objetivo de la crisis de este país. Por ello, la sobrevaloración mencionada destaca los límites externos (la amenaza soviética) en la caracterización de la existencia de problemas, lo que es un componente central de la crisis de la política exterior estadounidense en la región.

El interés creado por el discurso se cumplió, primero, gracias a los buenos oficios del embajador Peurifoy; luego, por la intervención directa de Dulles —como ya se demostró previamente—, y por la acción en numerosos frentes simultáneos: político, financiero, militar (ofreciendo entrenamiento); y, por último, con la asistencia estratégica de la CIA a “los luchadores por la libertad” que habían amenazado al gobierno de Arbenz desde su inicio. Este programa sería presentado por Estados Unidos como una “rebelión interna”.⁵⁵⁸

Al mismo tiempo Estados Unidos, en el nivel máximo de toma de decisión, sabía que: *a*) había una atmósfera interna fértil para un golpe, especialmente en 1954; y *b*) Washington tenía que hacer uso de una oposición interna incipiente para reunir las herramientas necesarias para dar un apoyo amplio con el fin de derrocar a Arbenz. De esto Estados Unidos estaba claramente consciente, como se puede ver en varios documentos secretos, como por ejemplo, un informe emitido en Guatemala el 10. de febrero de 1954. En este compendio, los funcionarios estadounidenses supieron que un grupo de políticos y periodistas guatemaltecos pertenecientes a la facción antigubernamental “con frecuencia reiteraron el deseo de establecer un gobierno y un sistema, una vez que la intervención extranjera hubiera derrocado a la Revolución de Octubre. Ellos declararon que tal in-

558 La delegación estadounidense usó este argumento en las Naciones Unidas durante la etapa final del derrocamiento de Arbenz.

tervención era «ineludible» y que necesariamente iba a disfrutar de un «éxito inevitable».⁵⁵⁹

Después del envío de armas a Puerto Barrios en el barco sueco *Alfhem*, el 15 de mayo de 1954, Eisenhower y Dulles decidieron que no iban a permitir que el gobierno de Arbenz permaneciera por más tiempo en el poder. Consecuentemente, trataron de llevar a la “infección comunista” en Guatemala a su fin y expulsar al “rojo Arbenz” por el bien de la “integridad continental”.⁵⁶⁰ Con este fin, el envío de armas representó un artificio útil para poner en práctica algunas formas alternativas (y efectivas) de intervenir. Esto se confirma con la recomendación de William Krieg quien, enfatizando la “cuestión del *timing*”, recomendó a Peurifoy:

Desde luego, [el *timing*] es particularmente importante dado que la mayoría de estas medidas [apoyo al ejército, entre otras] está diseñada para crear una atmósfera favorable a la actividad eficiente de los oficiales del ejército disidentes y otros, si se los puede convencer de actuar [y concluye en tono esperanzado]: No necesito decir que esperaremos ansiosos su retorno *con noticias* de las *percepciones* en Washington.⁵⁶¹

Como resultado de este planteamiento, se sucedió la orquestación de una campaña internacional para legitimar la última etapa de la intervención estadounidense. Esta campaña alcanzó su máximo nivel en la Tercera Conferencia Interamericana en Caracas en marzo de 1954, en donde Dulles hizo su mejor y final esfuerzo para construir un clima de consenso en torno a la idea de que el gobierno de Arbenz representaba una “amenaza” (comunista) para la seguridad del hemisferio. Posteriormente, y una vez que este frente estuvo asegurado, otras maniobras de Estados Unidos llevaron al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) a dese-

559 NSA, “Details of Anti-government Plot Given”, TGWA Guatemala City (Official), Guatemala Home Service, 1 de febrero de 1954, 0145 GMT-W, p. 11. Sobre la oposición interna y su vínculo con Estados Unidos, véase también: NSA, NAUS 714.00/1-2754, “William L. Krieg to The Honourable John E. Peurifoy, Central America and Panama Affairs, ARA, Department of State, Washington D. C. «Secret»”, Embajada de Estados Unidos, Guatemala, 27 de enero de 1954.

560 Memorandum de la reunión de NSC, 18-19 de febrero de 1953; véase también Rabe, “Dulles, Latin America, and the Cold War”, en Immerman (ed.), *op. cit.*, nota 22, pp. 161 y 162.

561 NSC, NAUS 714.00/1-2754 “William Krieg to the Honourable...”, *op. cit.*, nota 559, p. 3 (cursivas mías). El proceso de consulta de Peurifoy en Washington incluyó negociaciones difíciles con la línea blanda del Departamento de Estado y la CIA.

char la solicitud realizada por Arbenz a esta organización internacional la noche del *golpe* final. Con todo, en las palabras de Hunt arriba citadas es evidente que había algunas dudas “prácticas” dentro de los hacedores de política exterior de Estados Unidos y, sin embargo, estas dudas tal vez nunca serán reveladas con precisión.

II. EL MARCO IDEOLÓGICO

La política hacia Guatemala fue importante porque la decisión última de Estados Unidos se determinó en forma consensuada, sin tomar en cuenta los planteamientos doctrinarios específicos sobre la llamada cuestión latinoamericana. Por lo tanto, como ya se ha señalado, la empresa debía contar con “una evaluación racional del Estado”; esto significa que el planteamiento táctico concebido por los funcionarios estadounidenses carecía de un contenido estratégico, puesto que la política se conducía conforme a las necesidades pragmáticas del poder bajo la obsesión general de purgar cualquier signo del *malvado* soviétismo en la región, porque “las estrechas relaciones entre la Unión Soviética y América Latina [estaban] en contra de los intereses de seguridad de Estados Unidos”.⁵⁶² Entonces, sigue el argumento, dado que los comunistas “están tratando de extender su forma de despotismo a este hemisferio... ha llegado el tiempo de luchar contra esta amenaza en Sudamérica”⁵⁶³ Sin embargo, frente a la situación guatemalteca real, esta explicación no era suficiente. Es más, debe tenerse en mente que el marco ideológico principal que dominó la confrontación de la Guerra Fría, la bipolaridad, ya había sido responsable de sentar las condiciones para llevar adelante, indiscriminadamente, el proceso de intervención en Guatemala.

La subjetividad: la “guerra soviética” o la falsa percepción de la realidad

A la luz de las amenazas que enfrentaba Washington en Centroamérica (esto es, “las operaciones soviéticas”) la bipolaridad era el contexto ine-

⁵⁶² NSA, NSC 5613/1 (25 de septiembre de 1956), p. 3.

⁵⁶³ J. F. Dulles en una conversación telefónica con su hermano Allen, director de la CIA, “Dulles to Allen Dulles”, 25 de febrero de 1954, en Rabe, “Dulles, Latin America, and the Cold War”, en Immerman (ed.), *John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War*, 1990a, p. 161, y Dulles, *War or Peace*, cit., nota 484, pp. 150 y 151.

quívoco en el cual manejar el asunto Guatemala. Por tanto, las políticas se llevaron a cabo de acuerdo con las necesidades racionales de las políticas de la Guerra Fría (que en Centroamérica significaba revertir el cambio social “encubiertamente, sin enviar a los *marines*”). La injerencia de Estados Unidos en los acontecimientos de Guatemala era, en gran medida, la vitrina latinoamericana por excelencia. Dado que la intervención era básicamente un golpe promovido por la CIA, fue en este país que la agencia aprendió a “derrocar a los gobiernos latinoamericanos operando el golpe de 1954...”.⁵⁶⁴ Ésta fue una estrategia de política exterior que se volvió típica para América Latina y se usó sin éxito en Cuba en 1961 y exitosamente en Chile en 1973.⁵⁶⁵

De esta explicación, ofrecida al inicio de este libro (y particularmente en los capítulos quinto y sexto) se desprende mi argumento sobre las desastrosas consecuencias del antisovietismo doctrinario heredado por la política de Estados Unidos en el continente. Contrariamente a la creencia dominante entre los hacedores de política en la administración de Eisenhower: *a*) Guatemala no fue un bastión soviético en el continente a mediados de los cincuenta (como ya se demostró en los capítulos cuarto, quinto y sexto), y la intervención militar que sobrevino era de hecho innecesaria; por lo tanto, *b*) la interpretación (realista) que alega que la acción del Estado debía defender la seguridad nacional contra la amenaza externa no cuenta para el caso de este país, y los funcionarios del Departamento de Estado lo aceptaron en sus despachos confidenciales. Por ejemplo,

⁵⁶⁴ “Si quiere ver un lugar en donde la CIA aún tiene mentalidad de *cowboy*, ahí está [Guatemala]”, dice un ex alto mando de la agencia. Véase Waller, Douglas, “Guatemala: Cowboys in the CIA”, *Times* 145, núm. 15, 10 de abril de 1995, p. 1.

⁵⁶⁵ Una reciente desclasificación de documentos sobre Chile a la luz de la Ley sobre la Libertad de Información (FOIA) en Estados Unidos ha establecido claramente el involucramiento del gobierno de Nixon para “hacer gritar a la economía [chilena]” (pronunciamento de Richard Helms, director de la CIA). De acuerdo con la misión de ésta en Santiago, el golpe fue celebrado como “casi perfecto”. Véase Galeano, Eduardo, “Gran circo gran: hoy función hoy”, *La Jornada*, 6 de noviembre de 1998. La estrategia desestabilizadora del gobierno de Nixon empezó antes de que Salvador Allende tomara el poder. La ITT, que tenía el control monopólico de la red de comunicaciones en Chile, contribuyó a los esfuerzos de la CIA con el fin de —en palabras del columnista sindicalizado Jack Anderson— “hacer un complot para evitar la elección del presidente chileno izquierdista Salvador Allende, en 1970”. Véase United Congress Committee on Foreign Relations (US Senate), Subcommittee on Multinational Corporations (Washington, GPO, 21 de junio de 1973), 1.

William Krieg hizo un reconocimiento explícito de esto cuando informó sobre el arribo de un embajador del bloque soviético a Guatemala, en los siguientes términos:

El ministro checo, no residente, presenta credenciales: Vladimir Pavlicek, ministro checoslovaco para Guatemala, residente en México, presentó sus credenciales al presidente Arbenz el 2 de febrero (1954), estableciendo el **primer contacto diplomático** en varios años entre Guatemala y la órbita soviética. El ministro planea, no obstante, regresar a México y no ha habido ninguna sugerencia de que una misión residente haya sido planeada.⁵⁶⁶

Puesto que se trataba de un Estado muy pequeño, la presunción de que Guatemala representaba una amenaza objetiva (externa) para Estados Unidos se contradecía por su relativa debilidad económica y su insignificante poder militar. Bajo esta luz, se puede argumentar que el discurso ideológico en el que se apoyaba la potencia para *explicar* su política en aquel país era subjetivo desde sus mismos orígenes.⁵⁶⁷ La subjetividad en los asuntos externos está concebida en términos de lo que ocurre en las mentes de los individuos, es decir, qué creencias subjetivas mediatizan la comprensión del mundo externo; éste es un componente crucial del pensamiento realista. Por lo tanto, es necesario insistir en que Guatemala fue utilizada como un caso experimental de la política de la Guerra Fría en el continente, producto de la “creencia” en que este país representaba una amenaza para la seguridad de Estados Unidos y entonces debía ponerse un ejemplo. De ahí la aplicación práctica (y frágil) de “percepciones” como un medio para entender el problema de la política exterior.⁵⁶⁸

⁵⁶⁶ Véase NAUS 714.00(w)/2-554, 5 de febrero de 1954, Departamento de Estado, despacho del Servicio Exterior núm. 671, p. 6 (cursivas en el original, énfasis mío).

⁵⁶⁷ Acerca de cuán complejo es aprehender la realidad, del mismo modo en que es posible (re)crearla como resultado de lo que Feyerabend ha denominado como una *maniobra* política, véase el capítulo 1. Concuerdo con Paul Veyne, quien ha escrito que “...la historia existe sólo en relación con las preguntas que le hacemos. Materialmente, la historia se escribe con hechos; formalmente, se escribe con una problemática y con conceptos... Los hechos históricos no son organizados por periodos y pueblos, sino por ideas. No deben ser devueltos a sus respectivos periodos... los hechos ya no tienen individualidad excepto en relación con el concepto”. Veyne, Paul, *op. cit.*, nota 47, pp. 174, 191 y 192.

⁵⁶⁸ Véase, por ejemplo, Harold y Margaret Sprout, “Environmental Factors in the Study of International Politics”, *The Journal of Conflict Resolution* 1, núm. 4, 1957, pp. 309-328. No haré más reflexiones sobre el realismo.

III. LEGITIMAR EL AUTORITARISMO: CULTIVO DE DICTADORES

Dado que el golpe ratificó el retorno del autoritarismo en Guatemala, vale la pena subrayar que los principales hacedores de política estaban bastante conscientes del resultado autoritario que probablemente provocaría la intervención dentro del sistema político guatemalteco. Por ejemplo, Dulles estaba convencido de que los regímenes democráticos como el de Arbenz podían ser prescindibles mientras los dictadores fueran aliados confiables de Estados Unidos. En tanto estas dictaduras “tuvieran una posición firme en contra del comunismo”, las instrucciones de Dulles eran claras: “no hacer nada que los ofendiera”, puesto que “ellos son las únicas personas en quienes podemos confiar”.⁵⁶⁹ Efectivamente, los creadores de política exterior en Washington conocían la utilidad pragmática de una elite subordinada y orientada hacia la *cleptocracia*, que sin ningún escrúpulo había sacrificado la modernidad al altar de la tradición.⁵⁷⁰ Si bien había consenso en que Dulles era un político severo, no se reconoce del todo este aspecto de su pensamiento en los estudios referidos a los rasgos políticos del secretario de Estado, aunque las características personales tienen mucho que ver con la instrumentación de políticas, y el caso Dulles representa un importante ejemplo de esto.

Por otro lado, la opinión generalizada de los grandes hacedores de política exterior y analistas es que el presidente Eisenhower, pese a permitir a Dulles tomar la línea delantera en muchas decisiones de política exterior, estaba en el

⁵⁶⁹ De los documentos de Berle, *Navigating the Rapids: 1918-1971*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973, p. 654. La misma postura sobre los dictadores fue evidente durante el viaje de Nixon por Centroamérica y el Caribe a principios de 1955, apenas unos meses después de la caída de Arbenz. Siguiendo la sugerencia de funcionarios del Departamento de Estado, no planteó a los déspotas el tema de las libertades civiles; el fiel Nixon no hizo más que obedecer estas instrucciones. En un brindis por Fulgencio Batista, de Cuba, por ejemplo, lo comparó con Abraham Lincoln. Sin embargo, al mismo tiempo, declaró impertinentemente que: “Los hispanos [tienen] muchos talentos, pero la capacidad de gobernar no está entre ellos”, declaración tal como la informó el propio Nixon al NSC y tal como fue tomada por Rabe de los *Nixon Papers*, “Dulles, Latin America...”, *cit.*, nota 563, p. 162.

⁵⁷⁰ Sugiero el término *cleptocracia* para referirme a una elite aristocrática corrupta. Le debo este concepto a Francisco Valdés Ugalde, a quien le estoy agradecido. La *cleptocracia* es un fenómeno de seguridad del Estado ampliamente difundido en América Latina y está ligado a un buen número de problemas políticos y económicos. Su inclusión aquí pretende establecer la relación compleja que existe entre la corrupción interna y la seguridad nacional *vis-à-vis* la defensa estadounidense de sus intereses de seguridad continentales.

centro de la maquinaria política de seguridad nacional, incluyendo las políticas en América Latina.⁵⁷¹ Sin embargo, y dado el carácter fuerte de Dulles, él emergió como un actor integral en la esfera de las formulaciones, así como de las ejecuciones. Por lo tanto, lo más seguro parece ser lo que dice Immerman, que “en algunas ocasiones Dulles tuvo el liderazgo y en otras fue Eisenhower. [Sin embargo], en los hechos eran un equipo”.⁵⁷² Ya sea que Eisenhower usara o no el extremismo de Dulles para “reducir el impacto que generaban [las directivas de política exterior]”, los dos funcionaban idealmente como dos componentes relativamente balanceados (el primero jugando moderadamente y el segundo actuando a veces en forma extremista) de lo que intentó ser una política exterior racionalmente unificada.⁵⁷³ Es en este contexto que lo que ya ha sido considerado en este libro como: *a*) la construcción del escenario, *b*) desde el cual se construía la política, *c*) a fin de confrontar el problema, tuvo lugar.

Una vez establecido este vínculo entre Eisenhower y Dulles, vale la pena apuntar que el presidente estimaba a un buen número de dictadores latinoamericanos, como lo demuestran las anotaciones en su diario. De hecho, los mejores amigos de Washington en el continente eran los dictadores. Eisenhower nunca hizo cuestionamientos sobre las violaciones de derechos humanos a ningún dictador latinoamericano durante sus dos periodos. Por el contrario, en su diario confiesa que Anastasio Somoza, el legendario autócrata de Nicaragua, y el general Alfredo Stroessner, el dictador militar de Paraguay, “destacaban” entre aquellos que había conocido. Stroessner se ganó el favor de Eisenhower al declarar que “Paraguay era en un cien por ciento anticomunista e iba a continuar siéndolo”, mientras que el obsecuente Somoza le dijo que “si Estados Unidos deseaba un canal en Nicaragua, por él no había problema”. Otro dictador favorito fue el venezolano Marcos Pérez Jiménez (anfitrión de la Décima Conferencia Interamericana, en marzo de 1954), a quien Eisenhower había honrado con la Legión de Mérito por su “espíritu de colaboración y amistad hacia Estados Unidos”, su estímulo a la “expansión de la inversión extranjera... su preocupación constante por el problema de la infiltración comunista” y su reconocimiento de la “similitud de intereses entre Estados Unidos y Venezuela”.⁵⁷⁴

571 Véase Immerman, *op. cit.*, nota 27.

572 Immerman (ed.), *John Foster Dulles and the Diplomacy...*, *cit.*, nota 22, p. 9.

573 *Idem.* Véase en la introducción la visión magnánima de Eisenhower sobre cómo mantener “contentos” a los latinoamericanos.

574 Entrada del 25 de julio de 1956, en Robert H. Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries*, Londres, W.W. Norton, 1981, p. 328; memorando de las conversaciones de Eisenhower

1. *El militarismo*

De acuerdo con la imagen de Eisenhower, no debería sorprendernos que a través de programas de entrenamiento y asistencia a los militares (que sumaron 400 millones de dólares en los cincuenta) su administración tuviera acceso a la casta militar latinoamericana, bastión del anticomunismo. Esta predilección por los déspotas también la expresó el jefe del Cuerpo del Ejército de Estados Unidos, J. Lawton Collins quien, al propugnar la ayuda militar para Somoza, apuntó que “los funcionarios latinoamericanos que trabajan con nosotros, algunos de los cuales vienen a nuestro país y ven lo que tenemos y lo que podemos hacer, son con frecuencia nuestros amigos más útiles en esos países”. De la misma manera, y frente a los argumentos de Dulles contra la construcción de “grandes sistemas militares en las repúblicas latinoamericanas”, el almirante Arthur Radford del Estado Mayor Conjunto (Joint Chiefs of Staff), en un encuentro del NSC fue contundente en su opinión: dijo que si Estados Unidos cambiaba abruptamente su ayuda política y militar sería difícil “mantener a las repúblicas latinoamericanas *en línea*”. Dulles concordaba con esto, con el fin de garantizar que “el armamento adicional viniera de las reservas de Estados Unidos [más que] de algunas fuentes externas”.⁵⁷⁵ Por lo tanto, Dulles estaba convencido del razonamiento de sus consejeros militares de mayor rango. Lo anterior indica que había un acuerdo sustancial entre “Foggy Bottom”, el jefe del Ejecutivo y el comando militar, el corazón del sistema político de Estados Unidos, sobre la necesidad de un componente militar sustancial para mantener la seguridad en América Latina en los cincuenta.⁵⁷⁶

con Stroessner y Somoza, ambas del 23 de julio de 1956, citado en Rabe, “Dulles, Latin America...”, *op. cit.*, nota 563, p. 172. Hacerse ojo de hormiga con los dictadores ha sido la norma de comportamiento de los presidentes de Estados Unidos durante el siglo XX; véase Glen Kolb, *Democracy and Dictatorship in Venezuela, 1945-1958*, Hamden, Conn., Archon, 1974, pp. 142 y 143.

⁵⁷⁵ NSA (documento sin registro), “Memorandum of Meeting between State Department and Joint Chiefs of Staff”, 22 de mayo de 1954, Departamento de Estado, Relaciones Exteriores de Estados Unidos (Foreign Relations of the US—FRUS—), 1952-1954, 4 (1983) (Washington, GPO), pp. 150-153; “Memorandum of NSC Meeting”, 6 de septiembre de 1956, Departamento de Estado, FRUS, 1955-1957, 6 (1987) (Washington, GPO), pp. 107-113 (cursivas mías).

⁵⁷⁶ *Foggy Bottom* es un seudónimo de Departamento de Estado.

Con todo, y sin intentar hacer un análisis mayor sobre el predominio especial de la respuesta militar en las decisiones de política exterior (todo un tema en sí mismo que, si bien altamente relevante, va más allá del alcance de este libro), este rasgo parece confirmar la premisa de que el Departamento de Estado estaba limitado —a la hora de las decisiones más importantes de política exterior— a la condición de “socio menor” del complejo industrial militar, como sugiere el siguiente informe del Congreso sobre la política exterior estadounidense posterior a la segunda guerra: “...como... se dijo antes, al ser el más ricamente investido de todos los departamentos del Ejecutivo, el Departamento de Defensa es naturalmente el más poderoso. Incluso en los asuntos externos, el Departamento de Estado es —hablando de manera realista— un socio menor...”.⁵⁷⁷ Desde este panorama, parece que los años cincuenta y más adelante los sesenta —las décadas centrales de la era de la Guerra Fría, “la edad de la ansiedad”, como se la llama en otra parte— representaron el surgimiento de un largo periodo de consolidación de la influencia militar en las decisiones de política exterior y esto, como se vio más tarde en Vietnam más vívidamente, fue una característica sobresaliente de la conducta de Estados Unidos en el extranjero.⁵⁷⁸ Por consiguiente, la posición del sistema militar era similar (coincidentemente) al planteamiento conservador de los republicanos: disminuir la ayuda económica para el tercer mundo e incrementar la militar.

Con el tiempo, la mayoría de la “asistencia” económica⁵⁷⁹ quedó a cargo del sector privado. El secretario del Tesoro, George Humphrey, tenía

577 Véase, “Defense Department Sponsored Foreign Affairs Research”, audiencia ante el Comité de Relaciones Exteriores, Senado de Estados Unidos, IX Congreso, 2a. sesión, parte 2, 28 de mayo de 1968, p. 20. Ciertamente, esto ocurrió durante una etapa difícil de la Guerra Fría. Aun así, acontecimientos subsecuentes en el nivel regional destacaron la percepción sobre el componente militar que tenían las decisiones de política exterior; entre la miríada de ejemplos sobresalen el apoyo a los contras en Nicaragua durante los años ochenta, y la invasión a Panamá en 1989.

578 Para la cita de la Guerra Fría como “la era de la ansiedad”, véase Walters, Robert E., *op. cit.*, nota 134, p. 180. No deja de ser importante mencionar cómo este aspecto impactó en la evolución del comportamiento de Collin Powell, secretario de Estado con George W. Bush, en la definición de la estrategia de Washington en su lucha contra el terrorismo y su política hacia Medio Oriente a partir de los atentados de septiembre de 2001.

579 Incidentalmente, más adelante ésta sería una de las principales explicaciones sobre el fracaso de la Alianza para el Progreso. Véase Posvar, Wesley W. y Ries, John C. (eds.), *American Defense Policy*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1965. El desarrollo economí-

una fórmula para ayudar a la región: “si pudiéramos encontrar hombres de negocios de primer nivel y enviarlos como embajadores a las naciones clave latinoamericanas, les haría mucho más bien que cualquier cantidad de dinero que *repartiésemos*”; tanto Eisenhower como Dulles tendían a compartir el punto de vista de Humphrey. Por ejemplo, Dulles advirtió al asistente del secretario Cabot a principios de 1953: “quiero que planee una política imaginativa para Latinoamérica, pero sin gastar dinero”.⁵⁸⁰ Con todo, existían contradicciones entre las posiciones de los políticos en cuanto al militarismo. Por ejemplo, en su último discurso oficial a la nación transmitido por radio y televisión el 17 de enero de 1961, el presidente Eisenhower advirtió de los posibles peligros a la libertad que implicaba el desagradable sistema militar industrial, que parecía haber penetrado la vida y la cultura de la sociedad estadounidense:

Esta conjunción de un sistema militar inmenso y una gran industria armamentista es nueva en la experiencia estadounidense. La total influencia —económica, política e incluso espiritual— se siente en cada ciudad, cada congreso estatal, cada oficina del gobierno federal. Nosotros reconocemos la imperiosa necesidad de este desarrollo. Aun así, no debemos fallar en comprender sus graves implicaciones. Nuestras herramientas, recursos y forma de vida están involucrados; así es la estructura misma de nuestra sociedad. En las decisiones de gobierno debemos estar alertas contra influencias no garantizadas, sean buscadas o no, por el complejo industrial militar. El potencial para el desastroso levantamiento de poder en el lugar equivocado existe y va a persistir. No debemos dejar que nunca el peso de esta combinación ponga en pe-

co fue visto como un obstáculo para los programas de seguridad interna; véase Charles Wolff, *United States Policy and the Third World*, Boston, Little Brown & Co., 1969, pp. 25-45. Para más información acerca de los aspectos institucionales del crecimiento de la incidencia de las fuerzas armadas en la política estadounidense, véase C. Wright Mills, *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press, 1956; John K. Galbraith, *The New Industrial State*, Londres, Hamish Hamilton, 1967; Irving L. Horowitz, *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship between Social Science and Practical Politics*, Cambridge, MIT Press, 1967; Willard F. Barber y Carol N. Ronning, *Internal Security and Military Power: Counterinsurgency and Civil Action in Latin America*, Columbus, Ohio State University Press, 1966.

⁵⁸⁰ Véase Gleijeses, *op. cit.*, nota 284, p. 269 (cursivas mías); John M. Cabot, *First Line of Defense: Forty Years' Experiences as a Career Diplomat*, Washington, School of Foreign Service, Georgetown University, 1979, p. 87.

ligro nuestras libertades o procesos democráticos. No debemos tomar nada por hecho.⁵⁸¹

Esta visión parece contradecir el énfasis puesto en el poderío militar durante su administración, como una de las modalidades para oponerse al soviétismo e imponer el “ejemplo *americano*”.⁵⁸² En este discurso, al final de su presidencia, Eisenhower parece coincidir con la posición de Dean Acheson cuando critica las políticas de represalia de Dulles, acerca de la necesidad de convertir a la política ofensiva de Estados Unidos en una defensiva (“debemos ser, por nuestra propia naturaleza, defensores, no ofensores”, había dicho Acheson).

2. La preconstrucción del “otro”: la penetración ideológica

El llamado de quienes hacían política exterior a que era necesario lanzar una política tanto ofensiva como defensiva parecía un modo disfrazado de proclamar (y legitimar) el papel de Estados Unidos como defensor de un “mundo libre”, “democrático” y “pacífico” como opuesto al “totalitarismo soviético”. Michael J. Shapiro sostiene que “la contención y la pacificación del Otro es la práctica dominante, y en la medida en que se practica de un modo *totalizador* se inclina más hacia las estrategias militares que a las económicas”.⁵⁸³ Esta descripción de Shapiro confirma el planteamiento de este análisis. Destacar la fuerza económica sobre la militar no es contradictorio, si consideramos que la estrategia *extensiva* de Estados Unidos para ejercer su influencia abarcaba tanto la política como la economía, independientemente de que tal ejercicio permitiera y resultara en una penetración ideológica. Esta comprensión de las “estrategias económicas y militares”, por lo tanto, va de la mano con la idea de que era necesario asociar ambos niveles de la acción del Estado para alcanzar un solo objetivo en Guatemala: defender la “integridad continental” con el fin de proteger los intereses políticos y económicos *americanos*. En este ejercicio, parecía tener lugar otro proceso de construcción; o, como dijo

581 Eisenhower, “Farewell Address” [1961], en Bolton, Roger E. (ed.), *Defense and Disarmament: The Economics of Transition*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1966, p. 173, tomado del original en *DOSB* 44, 6 de febrero de 1961, pp. 179-182.

582 Véase *DOSB*, “A Standard for Americans” 29, (discurso del presidente) núm. 747, 19 de octubre de 1953, pp. 507-510.

583 Shapiro, *op. cit.*, nota 45, p. 101 (cursivas mías).

Shapiro: “existe un poderoso ímpetu de violencia en la forma de interferencia armada del Estado moderno y, como fue el caso con Roma, se puede relacionar su soporte ideológico con la política exterior en los modos en que el uno y el Otro son *constituidos* y el extrañamiento entre los dos se ve afectado”.⁵⁸⁴

IV. *REALPOLITIK*: LEGITIMAR EL AUTORITARISMO,
LA IMPORTANCIA RELATIVA DEL DESARROLLO
ECONÓMICO Y EL MONTAJE DEL CASO GUATEMALA

En vista de las peculiaridades de las políticas hacia América Latina y Guatemala (entre ellas su contenido militar), y una vez superado el límite moral (lo que se justificaba por la lucha vital en contra del comunismo), el camino hacia la *Realpolitik* ya estaba allanado. Así llegó a institucionalizarse la idea de que Estados Unidos debía estar preparado para protegerse a sí mismo y a sus aliados, de una amenaza externa. En el contexto de la relación regional y dada la seguridad explícita de que Estados Unidos brindaría apoyo a sus aliados regionales no era un error orquestar el derrocamiento de Arbenz. Precisamente porque este acto no era el resultado de un diagnóstico (discurso incluido) típico de la *Realpolitik* es importante hacer notar que este involucramiento paradigmático en contra de la democracia guatemalteca ocurrió a pesar de los principios declarados sobre la “libertad” y la “paz mundial” que habían sido voceados por Eisenhower en muchos discursos públicos. Estos episodios orientados militarmente en la región de Centroamérica ocurrieron incluso a pesar de que —en palabras de Eisenhower— “el objetivo básico [de Estados Unidos] era la paz [y] nosotros [Estados Unidos] debemos afirmar sin cesar nuestra creencia en la bendición de los corazones de los hombres libres y debemos inspirar cada una de sus decisiones y acciones libres”.⁵⁸⁵

Como se destacó anteriormente, los extensos preparativos (caóticamente fracasados) para llevar adelante el golpe contra Guatemala habían comenzado en los primeros años de la *Revolución de Octubre* con los di-

⁵⁸⁴ *Idem* (cursivas mías).

⁵⁸⁵ *DOSB*, “Principles of US Foreign Policy” (discurso del presidente) 31, núm. 794, 13 de septiembre de 1954, pp. 361 y 362. Es importante señalar que una afirmación como ésta apareció finalmente como un componente de un discurso por medio del cual se envió un conjunto de señales. Permitaseme enfatizar que esta característica debe considerarse dentro del marco de las políticas de la Guerra Fría.

ferentes intentos de derribar a Arévalo. Las bases para la política en América Latina ya se habían concebido en el marco de la doctrina Truman. En un principio la directiva NSC-68 y más adelante las directivas NSC-141, 144/1 y 5613/1 bosquejaron en forma indiscriminada la tarea de Estados Unidos en América Latina en los siguientes términos:

En América Latina buscamos, primero y ante todo, un desarrollo económico y político ordenado que haga a las naciones resistentes al crecimiento interno del comunismo y a la *lucha política* soviética... En segundo lugar, buscamos la solidaridad hemisférica en el apoyo a nuestra política internacional y la cooperación de las naciones latinoamericanas en salvaguardar el hemisferio a través de medidas de defensa individuales y colectivas en contra de la agresión externa y la subversión interna.⁵⁸⁶

Vistas a la luz de otros documentos no clasificados de la presidencia de Eisenhower, las políticas postuladas por Truman (que demostraron ser muy eficaces) parecen encajar con los planes de defensa de Dulles y Eisenhower. Por ejemplo, la directiva secreta NSC-5613/1, preparada para bosquejar la política en la región, establece por escrito precisamente lo que en la práctica ya había aparecido en Guatemala dos años antes, principalmente que:

Al planear su propia defensa, Estados Unidos debe tener en cuenta a Latinoamérica en vistas de su proximidad *geográfica* y nuestra dependencia en los recursos latinoamericanos [...y consecuentemente] debemos estar preparados... para tomar acciones apropiadas según la ocasión, si un Estado latinoamericano establece vínculos económicos o de otro tipo cercanos con el bloque soviético [... y dado que] Latinoamérica provee bases importantes para nuestra seguridad... debemos estar preparados... para ayudarlos a mantener su seguridad interna... cuando ésta contribuya a la *defensa* del hemisferio.⁵⁸⁷

En síntesis, se trataba de un despliegue geopolítico total de principios específicos y acciones a seguir si el ataque en contra de la seguridad de la “única nación americana” lo demandaba. Los mismos axiomas expuestos

586 NSC-141: “A Report to the National Security Council by the Secretaries of State and Defense (Dean Acheson and Robert Lovett) and the Director for Mutual Security (W. Averell Harriman) on Reexamination of US Programs for National Security”, 19 de enero de 1953, Modern Militar Branch Reference (cursivas mías).

587 NSA, NSC-5613/1, pp. 2 y 4 (cursivas mías).

en la NSC-5613/1, divulgada poco después de la caída de Arbenz, fueron entonces usados para fundamentar el golpe en Guatemala. A la luz del caso Guatemala, estos axiomas se pusieron en práctica antes y durante el golpe, y por lo tanto se convirtieron en la base para las intervenciones posteriores que tuvieron lugar en las tres décadas siguientes. Como resultado, estos principios siguieron mecánicamente la lógica de aquellos dirigidos desde los primeros años de la Guerra Fría y fueron la base para los futuros acercamientos a la región.

Todos los documentos de la CIA y del Departamento de Estado repitieron monótonamente (como ya se señaló, y esto es de la mayor importancia para evaluar el fracaso relativo de esta política) la interpretación de que los asuntos interamericanos debían concebirse únicamente dentro de la esfera de la confrontación fundamental entre Estados Unidos y la URSS. Esta interpretación tiene poco que decir sobre el desarrollo económico, la democratización de los regímenes o los derechos humanos (coincidiendo ampliamente con los puntos de vista del mismo Eisenhower y Dulles). Más allá de la idea vaga y universal (de Eisenhower) de que Estados Unidos favorecía “una fuerte economía mundial libre”, apoyaba “el desarrollo económico y político ordenado” en América Latina y quería “estimular el desarrollo de sistemas políticos estables junto con líneas representativas y democráticas”, no había nada allí sustancialmente útil para el desarrollo económico latinoamericano. De hecho, el logro del “desarrollo económico” para hacer “resistentes” a las economías se vería a la larga frustrado (y contradicho) por la obsesión de imprimir un criterio de seguridad nacional en la políticas.⁵⁸⁸

El objetivo esencial era conseguir “un grado mayor de solidaridad hemisférica”, por medio de eliminar la “amenaza del comunismo interno” y “la influencia comunista y del bloque soviético en el área, con el fin de asegurar el fortalecimiento de la OEA para hacerla un modelo de relación entre las naciones libres, y así poder *utilizarla* siempre que sea conveniente

588 *DOSB*, “Principles of US Foreign Policy”, p. 361; NSC-5613/1, 25 de septiembre de 1956, p. 5. El sentir de los latinoamericanos respecto a que debían subrayarse las prioridades económicas seguía presente, como ya lo había estado en otras ocasiones, en la polémica X Conferencia Interamericana de Caracas en 1954. Parece haber un conflicto entre la economía de mercado y el desarrollo democrático. Ya he explorado esta relación; véanse mis textos “The Mirror of the Hemispheric Past...” y “Is Stable Democracy...”.

para alcanzar nuestros objetivos”.⁵⁸⁹ El énfasis puesto en obtener un apoyo balanceado (e incondicional) de los latinoamericanos en las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales, para la estrategia general de defensa, producida por Estados Unidos durante la Guerra Fría, era un imperativo.

Consecuentemente, se pensó en un paraguas táctico que incluyera como componente esencial el intento de legitimar (más que explicar o usar racionalmente) la política de Washington, con el fin de poner en práctica la exitosa “defensa” (de Estados Unidos *vis-à-vis* Latinoamérica). Dicho paraguas quedó englobado en la estrategia de contención inaugurada por Kennan unos años antes, y que Dulles modificó con la política de la represalia y el *roll back*, aunque sin resultados concretos en términos de ofrecer una política específica (y útil) para el continente. Esto significó que la estimación general de resistir la “agresión comunista” y la “guerra política soviética”, desde luego adoptando la contención militar como el medio apropiado para lidiar con América Latina y otros “casos críticos”, fue la única contribución original, si es que efectivamente hubo alguna.⁵⁹⁰

Con todo, Guatemala no representaba el espacio ideal para aplicar estos arreglos militares bipolares clásicos (como sería el caso de un buen número de otros países de la región). Por esta razón, Guatemala carecía de esta *certeza bipolar*; y este rasgo es tal vez una de las principales premisas (aunque contradictoria) que explica la importancia de construir un problema (de aquí el montaje del caso Guatemala) y el gran énfasis puesto en la política de las intervenciones encubiertas. Más adelante, estas dos características fueron también muy apropiadas cuando llegó el momento de utilizar a la OEA y a la Conferencia de Caracas para resolver el problema guatemalteco.

V. LA CONSTRUCCIÓN DEL PROBLEMA: LA “REPRESENTACIÓN” Y GUATEMALA COMO ENTE FRÁGIL

Tanto la constitución de los actores (Estados Unidos y Guatemala) como su “extrañamiento” permitieron el arribo de un nuevo tipo de rela-

589 NSC-144/1 (18 de marzo de 1953), NSC-5613/1 (25 de septiembre de 1956), p. 5 (cursivas mías).

590 Véase Kennan, “The Sources of Soviet Conduct”, *Foreign Affairs* 25, *cit.*, nota 195, pp. 566-582, y Walter LaFeber, *America, Russia and the Cold War, 1945-1996*, Londres, McGraw Hill, 1967, pp. 35-37.

ción; una “relación” que *liberó* a los dos protagonistas (dentro de un alcance no mutuamente concertado y una esfera de interacción no mutuamente acordada), al punto de producir una asimetría y una razón (¿un fundamento?) para que ésta existiera. Todo esto nos lleva al tema en discusión aquí, en cuanto a la importancia que tiene la *diferenciación* dentro de la atmósfera de la “representación”. En efecto, como se refiere en capítulos anteriores, la existencia del Otro en la construcción de la política exterior de Estados Unidos ha requerido, para que los objetivos de la política sean más accesibles, “hacer del Otro algo exótico, [que] casi invariablemente se resume a la constitución de ese Otro como un sujeto menos igual”.⁵⁹¹ Esta visión implica que el discurso en la política exterior es un agente fundamental para “hacer extraño a algo con lo que uno en realidad podría identificarse, o acordar que tiene el mismo estatus de dignidad e importancia”.⁵⁹² Esta operación de construir una *identidad* es el resultado de una diferenciación del ser: una construcción deliberada de identidad separada (la mía y la tuya) a partir de la representación de una política y una diferencia. Entonces, la operación también implica el establecimiento de las cualidades propias o del otro a través de una reorganización de las implicaciones de las cualidades propias y del otro, de manera que la otredad no equivale a lo que tú eres sino a lo que yo (necesito) hacer que seas (para mis propios propósitos). Por lo tanto, la *cercanía* y lo *remoto* son puentes contradictorios (aunque conciliatorios) de contacto entre dos o más actores. Esto se relaciona con lo que Shapiro ha llamado la “construcción del Otro”, que en la formulación de la política exterior se resume (típicamente) en la idea de convertir a la mayoría de los Otros en “amenazas indirectas”. Esta explicación se concentra en el dilema de la defensa de la seguridad (de un actor dominante) a expensas del ámbito de intereses del Otro. O como argumenta Veyne refiriéndose al Imperio Romano, para conquistar la seguridad hay dos caminos posibles: “compartir una semiseguridad con otro día con día o erigir una seguridad absoluta y definitiva para uno por medio de poner al otro en una inseguridad total”.⁵⁹³ El resultado de esto es que se produce una *oposición*. Una “oposi-

591 Shapiro, *op. cit.*, nota 45, p. 100.

592 *Ibidem*, p. 101.

593 Veyne, *op. cit.*, nota 47, p. 178. Ésta es la base del juego suma cero, que significa un concepto de seguridad internacional como un juego de estrategia con una “suma algebraica igual a cero —unos ganan lo que los otros pierden, y es imposible para dos Estados colindantes estar cada uno en completa seguridad—”.

ción” (que se torna en dicotomía, en partición) y que se resuelve a partir del ejercicio de las (ya distribuidas) cuotas de poder político concreto existente en el escenario internacional. En otras palabras:

...*un uno* construido con una identidad basada en la seguridad lleva a la construcción de la otredad a partir del eje de la amenaza o falta de amenaza a esa seguridad, mientras que un uno identificado como uno comprometido en una “crisis de administración” —un sobreentendido actual en el pensamiento de la política exterior americana— va a crear formas de la otredad a partir de un eje obediencia *versus* desobediencia.⁵⁹⁴

VI. LA CONSTRUCCIÓN DEL CONTEXTO: LA VEHEMENCIA DE LA CONTRARREPRESENTACIÓN

Todo esto tiene que ver con el caso Guatemala, puesto que su existencia “afectó” al corazón mismo de la dinámica en la que se encontraban todos los actores. Por lo tanto, para tratar de discernir cómo “se produce un objeto tal como Guatemala en tanto un tipo de objeto exterior, debemos volver nuestra atención no sólo a las formas dentro de las cuales hemos representado a Guatemala, sino también a aquellas en las que nos hemos representado a nosotros mismos”.⁵⁹⁵ De esta manera se construye el contexto y por lo tanto se puede llevar a cabo una política (los medios). Esto se puede ver en el modo en que el gobierno de Eisenhower (a veces por medio de la contrarrepresentación) administró las responsabilidades de los otros actores al tratar la crisis de Guatemala. Por ejemplo, el 8 de junio de 1954, cuando la crisis estaba en su punto máximo y ya se había decidido una invasión inminente, se le preguntó a Dulles si tenía algún comentario en relación con la sugerencia del presidente Arbenz de que tuviera un encuentro con el presidente Eisenhower para “allanar las diferencias entre los dos países”, el secretario de Estado declaró:

Hay un esfuerzo persistente de las autoridades de Guatemala para representar el problema actual como básicamente un problema entre Guatemala y Estados Unidos relacionado con la United Fruit Company. Ésta es una presentación totalmente falsa de la situación. Existe *un problema* en Guatemala, pero es un

⁵⁹⁴ Shapiro, *op. cit.*, nota 45, pp. 101 y 102 (cursivas mías).

⁵⁹⁵ *Ibidem*, p. 102.

problema que afecta a otros Estados americanos, tanto como afecta a Estados Unidos, y no es un problema que Estados Unidos considere como *exclusivamente* entre Estados Unidos y Guatemala.⁵⁹⁶

Desde la perspectiva de Dulles, todo esto tenía que ver con la necesidad de lanzar una resolución, previamente establecida, para intervenir en un problema *guatemalteco*, no estadounidense. Un problema que, no mucho tiempo atrás, había sido entendido explícita (y “exclusivamente”) por los hacedores de política estadounidenses como un problema *americano*, debido tanto a sus características económicas (UFCO), como a que representaba una amenaza contra el pacto monroista (la penetración soviética).

VII. LA ELABORACIÓN DE POLÍTICAS EN BOGA: LA “DESNARRATIVIZACIÓN” Y LA REIVINDICACIÓN PSEUDOCIENTÍFICA COMO RECURSOS PARA LA ACCIÓN

Se trata entonces de una política del poder y, por tanto, del poder para imponer una política sobre la forma de gobierno de un actor. Por último, se trata de lo que los teóricos llaman *la fuerza sin la guerra*, el “uso de acciones militares moderadas para influir en una situación particular”.⁵⁹⁷ Esto destaca los métodos usados en política exterior; y en el contexto del estudio de Guatemala es aun más importante, notoriamente cuando se da por entendido cómo las decisiones (o “acciones”) militares estaban dirigidas (en forma continua) hacia la solución de una “situación” (Guatemala), que se consideraba había sido provocada por “el gobierno de Arbenz, que era apoyado por los soviéticos”.⁵⁹⁸ Por lo tanto, ante esta fase crítica de toma de decisión, considerando que significaba una intervención militar y que dicha intervención haría colapsar al régimen de Guatemala, debía encontrarse una razón para poder llevarla a cabo de una manera “no perturbadora” (e incluso volverla moda).⁵⁹⁹ Y la razón, que no es difícil

⁵⁹⁶ DOSB, “US Policy in Guatemala” (declaración del secretario Dulles en conferencia de prensa) 30, núm. 782, 21 de junio de 1954, pp. 950-951 (cursivas mías).

⁵⁹⁷ Barry M. Blechman y Stephen S. Kaplan (eds.), *Force without War: US Armed Forces as a Political Instrument*, Washington, The Brookings Institution, 1978, p. 4.

⁵⁹⁸ *Ibidem*, p. 48.

⁵⁹⁹ Sostengo que concebir al caso de Guatemala como “algo de moda” fue de gran importancia para las políticas posteriores en la región.

de detectar a lo largo de las pistas ya mencionadas, se da por hecho en el análisis mismo: “[Guatemala había] sucumbido a la infiltración comunista”.⁶⁰⁰ Esta “razón”, por tanto, no estaba lejos del análisis oficial (y de la acción política) elaborado por los hacedores de política. Blechman y Kaplan explican el problema muy claramente: “Es *fascinante* que la decisión que tomó en 1954 el gobierno de Arbenz en Guatemala, de aceptar la ayuda militar del bloque soviético, fuera suficiente para ocasionar una respuesta *magna* de Estados Unidos”.⁶⁰¹

En este sentido, las imágenes ideales para manejar la “situación guatemalteca” estaban ya en movimiento. El montaje de la confrontación consistía en, por un lado: 1) *el gobierno de Arbenz estaba apoyado por los soviéticos* y, por el otro, 2) el gobierno de Arbenz había decidido “aceptar la ayuda militar del bloque soviético”. Así, estas imágenes constituían una explicación suficiente para orquestar una respuesta de gran magnitud. En estas circunstancias, “derrocar” a un gobierno de tales características era lógicamente el resultado natural a lograr. Shapiro argumenta que tal diagnóstico tenía, como efecto trascendente, “hacer una reivindicación pseudocientífica de la agresiva política exterior de Estados Unidos”. Concluye que:

Este modo determinista de hablar está... vinculado a una de las principales acciones de *legitimación* de la práctica de toma de decisiones. Cuando quienes las toman entienden que están respondiendo a lo que ellos llaman una “situación”, a la que ven como [una] serie de eventos independientes de las percepciones relacionadas con la práctica a través de la cual ellos la están aprehendiendo, están efectivamente pasando por alto las prácticas con las que *construyen* el mundo que requiere lo que ellos consideran como una “toma de decisión”.⁶⁰²

En vista de esto, una vez que se justificaron los contenidos discursivos y se establecieron los medios estratégicos, quedó claro que Guatemala se había convertido (objetiva o subjetivamente) en una *prioridad para la seguridad* de Estados Unidos. Esta justificación incluye la “aceptación

600 DOSB, “United States-Latin American Relations” (informe de Milton S. Eisenhower, embajador especial, al presidente) 29, núm. 752, 23 de noviembre de 1953.

601 Blechman y Kaplan (eds.), *op. cit.*, nota 597, p. 51 (cursivas mías). Sobre el incidente del embarque de armas en el *Alfhem*, Dulles expresó: “...este embarque subrepticio de armas desde el otro lado de la Cortina de Hierro”. Véase DOSB, “US Policy in Guatemala”, citado en la nota 596, p. 950.

602 Shapiro, *op. cit.*, nota 45, p. 99 (cursivas mías).

explícita” de los observadores de que la “política exterior estadounidense, tal como es” refleja la “aceptación tácita de los principios de realidad con los cuales” el análisis oficial del problema “identifica sujetos, objetos y acontecimientos”.⁶⁰³ Por lo tanto, era importante asegurar la operación (el fin) que se había estado preparando desde hacía mucho tiempo. Es más, el problema como tal tenía aún más importancia en el contexto de las nuevas consideraciones militares provocadas por el ambiente bipolar. De esta manera, en los años cincuenta (y en las tres décadas siguientes) América Latina en general y Guatemala en particular estaban dramáticamente (y casi sin necesidad) atrapadas dentro de un teatro globalizado de confrontación bipolar; de ahí la necesidad de atender el problema con un acercamiento pragmático (cuando se consideraba conveniente). De aquí surgió la necesidad de construir la creación de lo que se había considerado, al ponderar la visión de Kennan de los soviéticos, como la *representación* del peligro.⁶⁰⁴ Más tarde, particularmente ante la Revolución cubana, esta representación tendría una utilización aún más importante.

Se trata, en suma, de lo que Shapiro llama la “desnarrativización”, que era central para que:

...Estados Unidos legitimara su participación al destruir las instituciones democráticas en Guatemala. Si la historia se hubiera difundido habríamos aprendido que Arbenz primero buscó la ayuda militar americana y ésta le fue negada y, lo que quizás es aún más importante, que la falta de seguridad que sentía el régimen de Arbenz, que fue finalmente expresada en la aceptación

603 *Ibidem*, p. 100.

604 David Campbell dirige nuestra atención hacia algunas de las ideas de Kennan en el famoso *Long Telegram*, que subrayó las raíces ideológicas desde las que se originó la contención: “No es el poder militar ruso (dijo Kennan) lo que nos amenaza; es el poder político ruso... Si no es totalmente una amenaza militar, dudo que pueda enfrentarsele totalmente con medios militares”. La fuerte visión ideológica de Kennan fue significativamente más retórica en su caracterización de los soviéticos; de hecho, estaba discerniendo una amenaza más amplia: “El sistema actual de la Rusia soviética está ineludiblemente opuesto a nuestro sistema tradicional, por lo que no puede haber ningún término medio o compromiso entre los dos”. Citado en Campbell, *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity*, Manchester: Manchester University Press, 1992, p. 27. Véase también Kennan, “The Sources of Soviet Conduct”, *op. cit.*, nota 195, pp. 566-582.

del apoyo del bloque soviético, estaba vinculada a una serie de acciones americanas que hacían *razonable que se sintiera amenazado*.⁶⁰⁵

En esta “representación” descansa el componente más importante de la intervención en el país centroamericano, en tanto que es el resultado de una “imagen ahistórica y empobrecida” de Guatemala.

⁶⁰⁵ Shapiro, *op. cit.*, nota 45, pp. 99 y 100 (cursivas mías). Aunque concuerdo con la idea general expuesta por Shapiro, hay cierta polémica sobre si realmente hubo tal cosa como “la aceptación del apoyo del bloque soviético”.